

Violeta Barrios de Chamorro. La reina-madre de la nación

Pallais, María L.

María Lourdes Pallais: Periodista nicaragüense. Redactora de El Semanario; corresponsal en Nicaragua de El País (España) y Expreso (Perú). Colaboradora para el Sunday Times de Londres y para IPS.

Esa señora vestida de blanco, con muchas buenas intenciones pero muy poca experiencia política, se convirtió en la única alternativa para lograr la paz en Nicaragua. Conciente del tejido político internacional en el que el sandinismo se había visto atrapado, el pueblo votante supo reconocer en Violeta Barrios de Chamorro, cuyo simbolismo como reina-madre era evidente, a la candidata que recibiría el beneplácito de Estados Unidos - y a la candidata que, por lo tanto, aplacaría, o por lo menos detendría la rabia del gobierno norteamericano contra la Nicaragua sandinista. Y efectivamente, detuvo la guerra, pero no ha logrado mejorar el nivel de vida de la gran mayoría en sus dos años de gobierno. A pesar de su discurso de reconciliación nacional, todavía aflora la polarización en la Nicaragua post-sandinista.

Parecía como si la muchedumbre reunida en el estadio Rigoberto López Pérez, antiguo estadio General Anastasio Somoza, esperara algún juego espectacular. Intercambiando consignas, un grupo agitaba pañuelos rojinegros, y el otro banderitas de papel azul y blancas. El campo de juego estaba vacío, con la excepción de un grupo de periodistas que, bajo el sol del mediodía, esperaba la llegada de las estrellas y el inicio de la ceremonia.

Aunque en realidad ya se conocía al ganador, el estadio, como el país, estaba claramente dividido. Era el 25 de abril de 1990, día de la toma de posesión de Violeta Barrios de Chamorro (Doña Violeta), la primera mujer elegida para ese cargo en la historia de Nicaragua.

Rodeada de sus fieles asesores de campaña y de dos de sus hijos - Cristina y Pedro Joaquín -, la futura Presidenta entró al estadio vestida de blanco, totalmente canosa, los brazos extendidos y, con sonrisa de triunfadora, tiraba besos a la multitud que, de un lado, la vitoreaba agitando la bandera azul y blanca de Nicaragua.

Del otro lado, ya el grupo sandinista había saludado a Daniel Ortega Saavedra, su candidato, quien entró al estadio a pie, flanqueado por su mujer y sus nueve hijos, todos haciendo alarde del rojinegro sandinista en sus atuendos.

Ese día, mientras un grupo gritaba «¡Violeta, Victoria!» y otro «¡Daniel, Daniel!», Doña Violeta recibía la banda presidencial de manos de Daniel Ortega, el líder sandinista que, por primera vez en su vida, pasaba a la oposición legal.

En la plataforma desde donde ambos hablaron a las casi 20.000 personas allí concentradas, se cocinaba un heterogéneo guiso que marcaría el rumbo de los primeros años de la Nicaragua post-sandinista. Allí, también por primera vez se codeaban, sonrientes, enemigos políticos, futuros ministros y ex-ministros, antiguos guerrilleros convertidos en flamantes diputados, el jet-set tropical recién salido de Miami, la nomenclatura militar sandinista, autoridades religiosas diversas, invitados especiales y muchachitos bien vestidos agitando la bandera azul y blanca del ganador.

Si alguna vez hubo un momento en su historia para que Nicaragua pudiese incorporar en su galería de líderes a la digna, aunque ornamental, figura de una reina madre como símbolo de la unidad nacional y la reconciliación, 1990 fue ese momento.

En contra de casi todas las predicciones, Doña Violeta había ganado las elecciones por un amplio margen (55% a 41%) y lo que era para muchos aún más increíble, Daniel Ortega y la Dirección Nacional del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) aceptaron la derrota, también con dignidad.

Insólito porque era la primera vez en la historia de Nicaragua que se daba una transición de un gobierno a otro de forma pacífica, producto de elecciones libres con un alto grado de participación popular. Más insólito aún porque se trataba de la transición de un gobierno revolucionario, que nunca imaginó perder el poder, a otro sin una clara estrategia, al menos al principio, que jamás había imaginado ganarlo.

Diez años de una constante política confrontativa en defensa de una soberanía y una dignidad hasta entonces desconocidas, y diez años de una cruenta guerra civil - impuesta primero, inevitable después - dejaron al pueblo exhausto. Hartos de los políticos y de los militares, los nicaragüenses dieron su voto por la paz, convencidos de que la guerra no terminaría si continuaban los sandinistas en el poder.

A pesar de su breve paso por la política al triunfo de la Revolución, como miembro de la Junta de Gobierno que derrocó a la dictadura somocista, Doña Violeta no fue electa Presidenta de Nicaragua ni por su experiencia política ni por su preparación académica.

«Su primitivismo y su llaneza la ayudaron muchísimo. Es inmune a las intrigas. Recibe los golpes estoicamente. Es como una campesina a quien le enseñaron a bordar», asegura Danilo Aguirre Solís, diputado sandinista y antiguo jefe de información del periódico La Prensa, cuyo connotado director fue Pedro Joaquín Chamorro, difunto marido de la Presidenta.

En realidad, de campesina Doña Violeta sólo tiene eso: una aplastante simpleza. Creció en una de las más nobles y rancias cunas de la oligarquía colonial. Nacida en Rivas, el 18 de octubre de 1929, es hija del ingeniero Carlos José Barrios Sacasa y Doña Amalia Torrez Hurtado, ambos dignos representantes de la burguesía sureña conservadora.

Según una biografía preparada recientemente por el Ministerio de Información y Prensa de la Presidencia, en ocasión de la primera visita de los Reyes de España a Nicaragua, la guapa Violeta realizó sus estudios primarios en el colegio Sagrado Corazón de Jesús, en Rivas y en el colegio Francés, en Granada. Sus estudios secundarios los cursó primero en Managua, en el colegio La Inmaculada y luego, en Estados Unidos, en Our Lady of the Lake, San Antonio, Texas. De allí, en 1945, pasó a hacer «estudios superiores» en el Blackstone College for Women, en Virginia (1946-47). En 1950, tres años después de su regreso a Nicaragua, contrajo matrimonio con Pedro Joaquín Chamorro, abogado y periodista asesinado el 10 de enero de 1978 por matones a sueldo de grupos económicos estrechamente ligados a la dictadura somocista.

La campaña electoral del '90

Días antes de iniciada la campaña electoral, la matrona de 60 años había sufrido un fuerte ataque de osteoporosis y, además, se había fracturado la rótula. Así, enyesa-

da, sentada en una silla de ruedas o apoyada en su bastón, Doña Violeta recorrió todo el país - por primera vez en su vida quizá - hablando como madre, como esposa, en defensa de la reconciliación nacional, del fin de la guerra, de Dios y de amor.

Además, Doña Violeta hizo dos promesas claves. Prometió abolir el servicio militar patriótico que había reclutado a miles de jóvenes para la guerra entre el gobierno sandinista y los contras, patrocinados por Estados Unidos. También prometió acabar con la guerra.

En las condiciones en que estaba el país, el voto sandinista requería de un alto nivel de conciencia. Difícil que la gente pidiera más de lo mismo, y el eslogan sandinista - «Todo será mejor» -, no logró convencer a la gran mayoría porque no aseguraba el fin de la guerra. La situación de la crisis y de la guerra eran ya insoportables, y era obvio que Estados Unidos tenía responsabilidad en la segunda y considerable influencia en la primera. Por lo tanto, resultaba evidente que la paz y la estabilidad dependerían más de la voluntad de Estados Unidos que de la vocación de paz de cualquier líder nicaragüense.

Mientras tanto, a pesar de que esas consideraciones debían haber parecido evidentes entonces, nadie - ni Estados Unidos - anticipó la derrota de los sandinistas. El programa de la Unión Nacional Opositora (UNO), dicen muchos, estaba diseñado para perder las elecciones. El triunfo electoral de esa coalición de partidos fue inquestionable e inobjetable para todos escasas horas antes del conteo final.

La UNO se había preparado para deslegitimar el resultado de las elecciones, no para asumirlo. El FSLN se estremeció con la derrota, derrota que lo obligó a convencerse de que, efectivamente, había perdido la mayoría de la población. En ese momento el FSLN tomó conciencia de la dura jornada de 11 años a la que el pueblo había sido sometido. Fue como un maremoto inesperado que barrió con un mundo que se creía indestructible.

Como no pudo ganar la guerra militar en el campo de batalla, con los contras, Estados Unidos había apostado a ganar la guerra política, con las elecciones, y la oposición antisandinista lo sabía. Es por eso que hoy, muchos políticos se jactan de que aunque el candidato de la UNO no hubiese sido Doña Violeta, los sandinistas hubiesen perdido las elecciones. «Con cualquier candidato hubiéramos ganado; en la casilla electoral, no decía Violeta: decía UNO», afirmó Duarte.

Desde el principio, sin embargo, la campaña de la UNO, cuyo jefe era Antonio Lacayo, actualmente ministro de la Presidencia, se centró en la figura de Doña Violeta, su suegra. Lacayo, de toda la confianza de la candidata, había sido uno de los empresarios más críticos del sandinismo y de los pocos que, pudiendo haberse auto-exiliado, permaneció en el país durante los 11 años de revolución. Además, tuvo la suerte de acumular capital entonces.

Muchachos, estoy aquí para hacer lo que ustedes me pidan

Tres años antes de las elecciones, en 1987, se formó la UNO, un conglomerado de 14 partidos políticos cuyo objetivo era formar un fuerte frente opositor al sandinismo. Más tarde, se creó un Consejo Político cuyo fin era luchar para consolidar una estrategia electoral sin muchos matices ideológicos, concentrándose en el enemigo común - el sandinismo -.

Una vez elaborado un programa de gobierno bastante general - una combinación de varios documentos -, comunistas, social cristianos, socialistas, conservadores y liberales tenían que encontrar un candidato de consenso, para que éste suscribiera el documento. En esto no lograban ponerse de acuerdo. «Hubo muchas fracciones, tuvimos serios problemas», recuerda la Dra. Miriam Argüello, quien fuera en su momento pre-candidata para la presidencia por la UNO.

Corría el mes de septiembre de 1989, y el Consejo Supremo Electoral había fijado un límite para inscribir al candidato de la oposición. Luego de cinco vueltas, el Consejo Político encontró una fórmula de consenso, que terminó siendo Violeta Barrios de Chamorro, para presidente, y Virgilio Godoy, para vicepresidente.

Según la Dra. Argüello, política conservadora de larga trayectoria, Doña Violeta tenía muchas cosas en su contra. «Representaba a un clan familiar que desde el pasado sabemos cómo funciona», una aparente referencia a la familia Chamorro, muchos de cuyos representantes gobernaron Nicaragua en el mejor estilo de las oligarquías conservadoras. Además, agregó la diputada, Doña Violeta «no tenía ninguna preparación para poder gobernar por sí misma».

Pero se suponía que ella no gobernaría sola, que seguiría los dictados de la UNO, como aparentemente lo había prometido. Cuando Doña Violeta se presentó ante el Consejo Político para que la confirmara o la rechazara como candidata, estaba muy nerviosa. «Me dijo que se sentía como en la Inquisición», afirmó una fuente. Piernas entrecruzadas debajo de la silla, con su estilo de matrona recatada, Doña Violeta

ta le aseguró al Consejo Político de la UNO: «Muchachos, estoy aquí para hacer lo que ustedes me pidan».

En boca de una mujer cuyas buenas intenciones eran evidentes, tal afirmación fue determinante para que la mayoría la eligiese, según muchos cuentan ahora. En ese momento, ella era ideal: se decía dispuesta a servir los intereses del Consejo Político de la UNO y no tenía mañas políticas propias. El otro candidato fuerte, el empresario Enrique Bolaños, apareció «arrogante y autosuficiente», según una fuente.

La «traición» de la Presidenta

Desplazando al Consejo Político de la UNO, cuya disciplina partidaria se había vuelto como una camisa de fuerza que le impedía moverse con amplitud y realismo, surgió un trío, conocido como «El Grupo de Las Palmas». Era un grupo pragmático, ejecutivo y práctico que se fue consolidando alrededor de Doña Violeta. Se empezó a perfilar desde los primeros mítines de la campaña, estableciendo lealtades más familiares y personales que políticas, en el mejor estilo de la tradición oligárquica colonial.

Más tarde, el Grupo de Las Palmas le daría cuerpo al gobierno de Doña Violeta. Antonio Lacayo, el fiel yerno y el estratega del proyecto moderado; Carlos Hurtado, el dedicado jefe de organización de la campaña primero y luego el controversial ministro de Gobernación; y por último Alfredo César, el sagaz político que sobrevivió la revolución sandinista, intrigó entre los grupos disidentes en el exilio y llegó a ganarse la simpatía de Washington y del Pentágono.

Fue con ellos, entonces, que el FSLN inició negociaciones para la transición del mando, marginando casi totalmente al Consejo Político de la UNO en esa crucial coyuntura. De los tres, sólo uno - Lacayo - no pertenece a ningún partido ni sigue una política partidaria. Más bien, ahora alega que el gobierno de Doña Violeta es de centro, «no tiene partido» y representa a «todos los nicaragüenses». Las alianzas establecidas por Lacayo, en nombre de la Presidenta, sin embargo, han sido exclusivamente con los partidos más moderados de la UNO, con las fuerzas armadas y con los sectores menos radicales del FSLN.

Fue así que prestigiados partidos de la UNO, como el Partido Alianza Popular Conservadora de la Dra. Argüello, por ejemplo, empezaron a sentirse marginados por el gobierno de Doña Violeta. Muchos alegan que todo es culpa de Lacayo, funcionario no elegido sino nombrado, porque éste optó por «irrespetar» los postula-

dos del Programa de Gobierno de la UNO. Otros, privadamente, le echan la culpa a la Presidenta, quien, dicen, «nunca estuvo preparada intelectualmente para gobernar sola».

La mejor opción contra los sandinistas

A pesar del tardío arrepentimiento de muchos políticos de la UNO que hoy alegan que el gobierno de Doña Violeta violó los acuerdos previos, la verdad es que ella era la mejor candidata. Era la reina-madre ideal, desprovista de contenido político propio y rociada de glamour como esposa del «Mártir de las libertades públicas», Pedro Joaquín Chamorro.

Fue elegida por la mayoría porque vestía ropaje de esa maternidad tan nicaragüense, con hijos a ambos lados del conflicto, y porque pregonaba ser víctima de ese sacrificio tan digno de toda mujer fiel, como la compañera de un hombre cuyo caudal político pocos se atreven a poner en duda. Esa autoridad moral de la Presidenta, que incluye a sandinistas y no sandinistas, nunca fue cuestionada por nadie, ni en Nicaragua ni en el gobierno de Estados Unidos.

En las graves condiciones en que se encontraba el país y quizá por simple contraste con los demás políticos, esa matrona provinciana, esa ama de casa que se informaba primordialmente por los chismes y rumores de sus amigos y parientes, esa señora de pelo blanco y en silla de ruedas, parecía la única salida de la guerra y de la crisis.

Además, Doña Violeta era la candidata favorita del imperio norteamericano que tanto odiaba a los sandinistas, imperio que desconfiaba de Godoy, a quien consideraba un tanto izquierdista. Irónicamente, Godoy, ministro del Trabajo durante los primeros años de la revolución, es, hoy por hoy, el símbolo más feroz del rechazo al clan formado por Doña Violeta y su equipo. Es vice-presidente sin cartera, no tiene despacho en la Presidencia, no participa en las reuniones de gabinete y es, probablemente, el enemigo más visceral de la política de Lacayo, a quien acusa de dictador y aliado del general Ortega.

La prematura victoria sandinista

En los amargos análisis post-electorales, la mayoría sandinista, resentida, aseguraba que el pueblo había «traicionado» al sandinismo, y que la gente había votado «con el estómago y no con la cabeza». Una minoría, sin embargo, alegaba que el

voto por Doña Violeta estaba motivado, entre otras cosas, por un sabio sentido común. Los que votaron por Doña Violeta lo hicieron convencidos de que «la continuidad del sandinismo podía significar la prolongación de la guerra y del bloqueo económico», escribió recientemente Dora María Téllez, ex-ministra de Salud durante el gobierno sandinista y actualmente diputada ante la Asamblea Nacional por el FSLN.

Pocos sandinistas, sin embargo, tenían conciencia de eso antes de la derrota electoral. Cuando apareció Doña Violeta al frente de la UNO en las elecciones de 1990, la gran mayoría sandinista cantó una prematura victoria.

Se inició, sin embargo, una campaña violenta contra Doña Violeta, asociándola con la muerte, con la guerra, con la CIA, con los contras, con Somoza, con la ex-embajadora de los Estados Unidos en las Naciones Unidas, Jeanne Kirkpatrick, una de las mejores defensoras de la política reaganiana contra la Nicaragua sandinista. Se burlaban de su condición de ama de casa, se mofaban de su discurso simple e ingenuo. Incluso le disputaban el patrimonio del pensamiento de Pedro Joaquín Chamorro, figura clave para ella como símbolo.

A pesar de lo desagradable que sin duda resultó para algunos políticos de la UNO su discurso incoherente y su pésima dicción, Doña Violeta era, efectivamente, la mejor alternativa contra los sandinistas en ese momento. Esto lo sabía perfectamente la embajada norteamericana en Managua. Obviamente, en un mano a mano con Daniel Ortega sobre política económica, por ejemplo, ella hubiese perdido rotundamente. Pero los asesores de su campaña sabían que no era sobre economía que debía hablar Doña Violeta públicamente, y menos con Daniel Ortega. Suficiente con que dijera una y mil veces como lo hizo que aboliría el servicio militar, cosa que Ortega nunca quiso o pudo hacer durante la campaña.

Porque, para 1990, era la guerra la que afectaba directamente el estómago y el corazón de los nicaragüenses. Si el país estaba en bancarrota, era culpa de la guerra. El presupuesto para la defensa fue el prioritario desde principios de los años 80. La «doctrina militar sandinista» urgía que todos estuviesen siempre preparados para la defensa - de los ataques de la contra, de los atentados de la CIA e incluso de una posible invasión norteamericana -.

No es maleable; es católica y testaruda

Durante la campaña, Doña Violeta no cesó de repetir que ella podía ponerle fin a ese círculo vicioso. Eso fue determinante para su elección como Presidenta, y no tenía nada que ver con sus capacidades, y poco con su poca experiencia política.

Que Doña Violeta no tenga mucha experiencia política no quiere decir que sea una mujer maleable, fácil de manejar. Al contrario, los que la conocen aseguran que es impulsiva, valiente - a veces quizá por inconsciente - y muy católica. Dice tener un sexto sentido que la hace extremadamente intuitiva, e incluso cree tener poderes parapsicológicos. «A veces se da cuenta de las cosas antes de que pasen», según un familiar.

Esas características de su personalidad, combinadas con un estilo seguro de sí misma e ingenuo a la vez, no la hacen una mujer fácil de controlar. Su estilo arrogante y simple para contestar preguntas periodísticas, especialmente durante los primeros meses de su gobierno, se hizo legendario.

Según un artículo publicado cinco meses después de su triunfo electoral, titulado «Perlas de Doña Violeta», a una pregunta relacionada con la falta de funciones asignadas al vice-presidente Virgilio Godoy («Usted no delegó (...) funciones en el Dr. Godoy, ¿qué piensa él de esto?»), ella respondió: «Mirá, niña, ni vos ni yo dormimos con Virgilio, así que no sé».

Con esa distante pero cordial sonrisa que ahora la caracteriza, en una ocasión reciente, cuando se le preguntó si se sentía segura como Presidenta, afirmó «me siento muy segura y muy afianzada... aquí, con mis ministros». Nada más claro que eso, y nada más simple.

Sus ministros, ese equipo que se formó a su alrededor, se ven a veces obligados a negociar con ella sobre ciertos temas. Temas que, casi siempre, al menos hasta ahora, tienen que ver con los sandinistas. Por ejemplo, el tema de Humberto Ortega a la cabeza del Ejército Popular Sandinista.

La noche anterior a la toma de posesión, el 24 de abril de 1990, los parlamentarios sandinistas, reunidos en sesión solemne, murmuraban: «Parece que la Doña se nos quiere hechar atrás con lo de Humberto». Un punto clave en las negociaciones del traspaso de mando entre los sandinistas y el Grupo de Las Palmas era la perma-

nencia de Ortega al frente del ejército y la reducción del ejército como parte del principio del fin de la guerra.

Pero, diversas fuentes aseguran que, luego de una reunión con el presidente venezolano Carlos Andrés Pérez, Lacayo y algunos miembros de la Dirección Nacional del FSLN - reunión en la que ella «peleó como leona» contra la permanencia de Ortega -, finalmente se dio por vencida, aceptando la estada «temporal» de Ortega.

«Se le convenció recordándole que se había comprometido a la reconciliación nacional durante la campaña, y que la permanencia de Ortega aseguraría la tranquilidad de un importante sector de sandinistas que, dada la polarización del país, se podría sentir amenazado», aseguró una fuente que participó en esa negociación con Doña Violeta.

Mientras tanto, en la Asamblea Nacional, «hubo un gesto de alivio de parte de la bancada sandinista», recuerda el diputado Moisés Hassan, otrora guerrillero sandinista, miembro de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional al triunfo de la revolución y ahora parlamentario independiente.

El aprendizaje de la Presidenta

Meses más tarde la Presidenta, bajo presiones de los sectores más anti-andinistas de la UNO, se vio obligada a comprometerse a nombrar una autoridad civil, un ministro de Defensa, ante quien el general Ortega debía responder.

De eso, sin embargo, hace más de un año y ella sigue siendo la única autoridad a la que el general sandinista responde directamente. Cuando se le pregunta «cuánto tiempo se quedará Ortega al frente del ejército?», Doña Violeta no vacila en contestar que se irá cuando «yo se lo pida». El está allí todavía, alega la mandataria, pero «bajo mis órdenes». Y Humberto Ortega ha hecho todo lo posible por guardar esas apariencias, incluso asistiendo a por lo menos una recepción en la embajada norteamericana.

Otro tema preferido de la Presidenta es el hermano de Humberto, Daniel Ortega, a quien en al menos un comunicado - que aparentemente ella redactó - llamó «enfermo». Y un subtema es la casa en la que, hasta hoy, reside el ex-presidente sandinista y su familia.

La residencia de Ortega es una de muchas que fueron otorgadas por el gobierno sandinista a las personas que en ellas residían durante los tres meses de transición de mando. Porque nadie se sentía amenazado, y porque el gobierno sandinista nunca pensó perder la hegemonía, y mucho menos el poder, fue hasta entonces - período denominado como «la piñata sandinista» - que miles de viviendas y casi 10.000 títulos de reforma agraria fueron entregados.

Pero para Doña Violeta, la residencia es de Jaime Morales Carazo, un rico empresario y ex-negociador de la contra, y no de Daniel Ortega. «Si (Ortega) es honesto, la tendrá que devolver», dijo la Presidenta en una entrevista que causó un enorme revuelo político. Según datos del Banco de la Vivienda, años antes del triunfo de la revolución sandinista, la residencia fue hipotecada por Morales Carazo, aparentemente por sumas mayores a su verdadero valor.

En los últimos meses, Doña Violeta parece haber aprendido a dosificar sus impulsos y a reservarse algunas de sus opiniones. Preserva su naturalidad, su simpleza, pero ha aprendido a frenarse, a ser un poco más sutil.

Recientemente, por ejemplo, cuando un periodista la abordó sobre el contenido de la Carta Pastoral - que alega que su gobierno carece de un brazo ejecutor de la ley ya que las fuerzas armadas son sandinistas -, respondió: «Yo tengo en mis brazos a los obispos... yo creo en los obispos, yo soy católica y creo en ellos...».

Fuentes gubernamentales aseguran que Doña Violeta es la mejor estrategia de cooperación externa que tiene el país. Un experto de las Naciones Unidas le dijo recientemente a un ministro que, para conseguir fondos, era esencial «que Doña Violeta viaje, que la conozcan».

En los Estados Unidos, especialmente con congresistas y banqueros, la naturalidad de Doña Violeta y su ingenuidad son la mejor carta de presentación que tiene el Gobierno. «Habla así, como habla ella, y los convence. Mi trabajo es fácil», dijo un ministro sobre los viajes que ambos hacen para recaudar fondos externos.

De igual forma, las encuestas de opinión le dan a la mandataria un alto grado de popularidad dentro del país. Recientemente, un 62.1% contestó que Doña Violeta es «la personalidad que más contribuye a solucionar los problemas del país». La realidad es que, dada su ingenuidad y evidentes buenas intenciones, nadie le echa la culpa de nada; ni se le otorga crédito ni se le condena. Aparentemente, se le ha aprendido a querer.

Por eso, sus intervenciones en televisión son «estratégicas», siguiendo el estilo de las del expresidente norteamericano Ronald Reagan . «Es importante no desgastarla, es el capital político más grande» que tiene el gobierno, aseguró una fuente cercana a Doña Violeta.

El fantasma de Chamorro

A pesar de la política de reconciliación nacional que ella, sus ministros y sus discursos pregonan, en ocasiones como las arriba enumeradas reaparece su anti-andinismo, sentimiento enraizado en ella luego de haber participado en la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional y haberse sentido «traicionada» por los sandinistas. Oficialmente, Doña Violeta se retiró de su cargo porque, según afirmó a través de un comunicado, se sentía cansada y ya no dispuesta a seguir en esas lides.

Su biografía oficial lee: «Miembro de la Junta de Gobierno al triunfo de la Revolución que derrocó a la dictadura somocista (19 de julio de 1979), junto con Daniel Ortega, Sergio Ramírez, Moisés Hassan y Alfonso Robelo. Renunció a la Junta de Gobierno el 19 de abril de 1980 por desviaciones del FSLN al programa original de gobierno y a los ideales que compartió durante 27 años al lado de su esposo», Pedro Joaquín Chamorro.

Las primeras declaraciones políticas públicas que dio Doña Violeta fueron a raíz del asesinato de su marido, meses antes del triunfo de la revolución, el 10 de enero de 1978. Cuando la dictadura somocista inició una supuesta investigación sobre el crimen, Doña Violeta se pronunció así: «Nunca hubo un juicio justo de los casos políticos en Nicaragua. El gobierno argumenta que el caso ya se resolvió, pero yo acuso a Somoza porque nadie hace nada aquí sin su permiso».

Recientemente, en su calidad de presidenta «de todos los nicaragüenses» perdonó a los cuatro individuos que el gobierno sandinista había declarado culpables del asesinato de su marido. La Asamblea Nacional, sin embargo, votó en contra del indulto presidencial y los supuestos criminales continúan presos.

Sus simpatizantes aseguran que su actuación política más connotada fue cuando, desde Costa Rica días antes de la caída de Somoza, se negó a ser presionada por los personeros de la administración Carter. Según ambos hermanos Ortega han asegurado públicamente, Doña Violeta se portó con enorme dignidad cuando insistió que la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional no debía ser ampliada para incluir a más miembros del Frente Amplio Opositor (FAO). El diplomático nortea-

americano William Bowdler proponía que se incluyera a Adolfo Calero, posteriormente director de la contra; Ismael Reyes, empresario privado, y Emilio Alvarez Montalván, conocido oculista y político conservador.

La negativa incondicional de Doña Violeta fue respaldada por los demás miembros de la Junta - Sergio Ramírez, Daniel Ortega, Rafael Córdoba Rivas y Moisés Hassan -. Así, el elenco diplomático norteamericano, encabezado por Bowdler, no tuvo más remedio que aceptar el mandato de todos: no se ampliaría la junta ni se permitirían concesiones hacia los somocistas.

Una vez en territorio nicaragüense entonces, Doña Violeta no tuvo reparo alguno en firmar cientos de decretos de confiscación de tierras a somocistas. Hoy, casi 13 años más tarde, ella y su gabinete alegan que muchas de esas propiedades deben ser devueltas a sus antiguos dueños, en aras de la reconciliación nacional.

Luego de su renuncia como miembro de la Junta de Gobierno, Doña Violeta hizo de La Prensa su cuartel de lucha contra los sandinistas. Fue entonces, a principios de los 80, paralelamente con su nombramiento como Presidenta de la Junta Directiva, que el diario se tornó virulentamente anti-sandinista, convirtiéndose en el gran vocero de la política agresiva reaganiana en contra de Nicaragua. Por ello, fue censurado y cerrado en varias ocasiones.

Mientras tanto, su residencia se transformó en la prueba visual y concreta del símbolo que ella comenzaba a consolidar a su alrededor. Afuera, las paredes, manchadas de grafitis políticos insultándola - grafitis que la hacían, decía, sentirse orgullosa eran testigos del antisandinismo y del fin de la guerra que ya ella empezaba a representar en Nicaragua. Adentro, la casa era una especie de museo. La sala de estar respiraba al muerto amado - libros, pergaminos, diplomas, la ropa que tenía puesta cuando lo mataron, fotos, detalles - y las paredes, cubiertas de imágenes de la pareja feliz que una vez habían sido Violeta y Pedro.

Durante la campaña, esa simbiosis Violeta-Pedro fue bastante evidente. Ella constantemente se refería a él, a su lucha, a su trayectoria anti-somocista. En un par de ocasiones al menos, incluso fue a visitar su tumba como un gesto simbólico.

La realidad de ahora: su gobierno

La legitimidad y la mayoría conseguidas en las elecciones de 1990, las más observadas en la historia, tienen su base en dos factores claves. Por un lado, en la preo-

cupación social por las condiciones del pueblo que la UNO proyectó a lo largo de la campaña, preocupación que en sus intervenciones públicas - relativamente distanciadas éstas de la realidad de la politiquería cotidiana - han tratado de mantener los asesores de la Presidencia. Y, por el otro, en el reconocimiento por todos los sectores en Nicaragua - sin excepción - y en el mundo de la absoluta limpieza del proceso electoral. Pero, como la Presidenta misma repite constantemente, «Las cosas no se hacen de la noche a la mañana. Todo toma su tiempo, pero creo que vamos bien».

En dos años, su gobierno ha puesto punto final a la gran guerra entre los contras y los sandinistas. Desarmó a unos 80.000 civiles, redujo el ejército de casi 92.000 a unos 21.000 efectivos. Es cierto que su gobierno no ha recibido ni la tercera parte de lo que el gobierno norteamericano le dio a la contra para la guerra, pero, al menos logró conseguir, a través de créditos puentes y donaciones, que Nicaragua pagara la mora de \$360 millones que tenía con el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo. Además, el gobierno norteamericano condonó la deuda de \$260 millones que Nicaragua tenía con ese país.

Las heridas de la guerra y los problemas de la crisis económica, sin embargo, no han desaparecido. La polarización no se desarmó. Desde hace meses, empezaron a aparecer grupos armados de «recontras» y «recompas» en enfrentamientos continuos en las zonas más remotas del país. Son, en su mayoría, ex-militares de uno y otro lado del conflicto, desempleados y campesinos sin tierras, todos unidos en señalar que el gobierno no les ha cumplido.

Pasada la euforia de las primeras elecciones libres reconocidas mundialmente como tales, la democracia prometida y el fin de la guerra no mejoraron el nivel de vida de la mayoría. Se estabilizó la moneda y se detuvo la hiperinflación, pero esto redujo los gastos sociales - especialmente en educación y salud - y los beneficios sociales de los trabajadores. Se incrementó el desempleo a 65%, desencadenándose un alto índice delictivo en la ciudad y el campo.

Terminó el año 1991, que se llamó el año de la estabilización y el despegue económico, y el conflicto de la propiedad, tanto agraria como urbana, sigue sin resolverse. Se privatizó la banca pero continúa sin resolverse el problema de la tenencia de la tierra, motivación clave de los principales conflictos en América Latina.

«El problema esencial de nuestro país es la pobreza», afirmó Lacayo, agregando que «ya llegamos al fondo del barril en la confrontación política y no tenemos otro

camino que salir adelante». Y, según Lacayo y su equipo, la única forma de lograrlo es «juntos», poniendo a un lado los intereses ideológicos o partidarios, con el apoyo de la comunidad internacional, de los organismos financieros y de Estados Unidos.

Para un país tan empobrecido como Nicaragua, la salida de esa crisis puede tener un precio altísimo.

Dos hechos ocurridos en septiembre pasado - el retiro definitivo de la demanda de Nicaragua contra Estados Unidos en la Corte Internacional de La Haya y el pago de la mora que Nicaragua tenía con los organismos internacionales - pusieron dramáticamente de relieve el precio del modelo neoliberal que defiende el gobierno de Doña Violeta y que pregona el de los Estados Unidos.

Para los sectores de la derecha, el sandinismo estaba tan debilitado después de las elecciones que era el momento de «ponerlo en su lugar». Por allí empezó el Consejo Superior de la Empresa Privada (COSEP) y los partidos políticos más radicales de la UNO, liderados ahora por César, a presionar al Poder Ejecutivo, y sobre todo al ministro de la Presidencia. Los partidos más radicales de la UNO pedían, entre otras cosas, la cabeza del general Ortega, de Hurtado, de René Vivas - un sandinista jefe de la policía - y hasta de Lacayo.

Para entonces, tanto Lacayo como su equipo ya habían intentado confrontar al sandinismo en las calles, especialmente con la imposición de esas duras medidas de ajuste económico. Pero el resultado fue que, luego de firmar unos acuerdos de concertación, los sindicatos y las fuerzas populares obligaron al gobierno a dar marcha atrás y a negociar con ellos.

Nada de esto significaba que el sandinismo estaba fortalecido. Al contrario, un cansancio generalizado de la sociedad abría la posibilidad de un desgaste político si se abusaba de confrontaciones y movilizaciones.

Quizá la gran contradicción del gobierno de Doña Violeta estriba en tratar de impulsar un esquema neoliberal, financiado por Estados Unidos, dentro de un marco político que exige un entendimiento con el sandinismo y con los intereses populares. Y su otro pecado, no menos grave, es el autoritarismo económico, los casos de corrupción y el formalismo democrático de su gabinete que molesta, no sólo al sandinismo, sino también a los sectores de la derecha y a la población en general.

Si, a partir de 1992, se continúan normalizando las relaciones con las instituciones financieras internacionales, la mayor parte de la ayuda externa provendrá de esas fuentes y Nicaragua estará, entonces, condicionada a seguir las pautas de política económica que dichas instituciones consideren convenientes.

Dos años después de su elección al más alto cargo de la República, Doña Violeta ya es un personaje que genera polémica. Algunos la siguen viendo como una figura ornamental, anecdótica, pero la mayoría está de acuerdo en que es «una persona en tránsito de desarrollar sus propias habilidades políticas» cuyas intervenciones en televisión, inauguraciones, quemadas de armas, recepciones oficiales, son cruciales para mejorar la imagen del Gobierno.

A ella, mientras tanto, lo que más le desagrada de su nueva vida como Presidenta es la perenne presencia de los escoltas en su residencia. Le molesta «ese hombrerío», como se dice - y como ella dice - popularmente en Nicaragua, porque le afectan en su vida privada y en su «accesibilidad a la gente».